

Xavier Zubiri

Ciencia y realidad
(1945-1946)

Alianza Editorial
Fundación Xavier Zubiri

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la perceptiva autorización.



© Fundación Xavier Zubiri, 2020

www.zubiri.net

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-846-5

Depósito legal: M. 97-2020

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

PRESENTACIÓN

«Ciencia y realidad» (CR) es el primero de una serie de «cursos extrauniversitarios» que Zubiri impartió después de la publicación, en 1944, de *Naturaleza, Historia, Dios* (NHD). Tales cursos constituyen el comienzo de una nueva etapa en su pensamiento filosófico, tal como el mismo Zubiri lo señala: «Desde 1944 mi reflexión constituye una nueva etapa» (NHD, Madrid, 1987, p. 15). Estos cursos se caracterizan por darse fuera de la universidad para un público general, por su gran extensión (más de treinta lecciones) y porque no fueron grabados, sino reproducidos taquigráficamente. Salvo algunas secciones del curso «El problema del hombre» (publicadas en *Sobre el hombre*, Madrid, 1986), todos estos cursos se encuentran todavía inéditos. Estos «cursos extrauniversitarios» son los siguientes:

«Ciencia y realidad» (1945-1946, 33 lecciones).

«Tres definiciones clásicas del hombre» (1946-1947, 33 lecciones). Solo se conserva en el Archivo de la Fundación Zubiri la tercera parte sobre «Filosofía de la religión» (lección XXIII a la XXXIII), cuyo inicio se empezó a redactar como libro.

«¿Qué son las ideas?» (1947-1948, 33 lecciones). Solo se conserva una redacción incompleta, mecanografiada por Zubiri, sobre las ideas en Platón.

«El problema de Dios» (1948-1949, 33 lecciones). Zubiri comenzó a redactarlo como libro. La Introducción, modificada sobre todo al final, constituyó el artículo «Introducción al problema de Dios», incorporado a la quinta edición de NHD (1963). El resto, Zubiri lo incorporó a un archivo con el nombre de «Filosofía de los seres vivos».

«Cuerpo y alma» (1950-1951, 34 lecciones).

«Sobre la libertad» (1951-1952, 33 lecciones). Solo se conservan las lecciones XXIV a la XXXIII.

«Filosofía primera» (1952-1953, 35 lecciones).

«El problema del hombre» (1953-1954, 36 lecciones).

Hay que tener en cuenta que, aunque los «cursos extrauniversitarios», en su gran mayoría, estaban revisados por Zubiri, no quedaron listos para ser publicados. Es más, Zubiri no quería publicarlos porque no estaban a la altura de su pensamiento más maduro iniciado con *Sobre la esencia* (Madrid, 1962). Sin embargo, lo desarrollado en tales cursos es clave para entender su pensamiento posterior. De hecho, su libro *Sobre la esencia* señala constantemente que no desarrollará algunos temas porque los ha expuesto ya en sus cursos: cfr. pp. 29, 66, 108, 115, 139, 181, 197, 199, 203, 276, 335 (donde hasta hace una cita), 363, 415. Todo el libro supone lo pensado durante tantos años en sus cursos «universitarios» y, sobre todo, en los «extrauniversitarios», que constituyen el inicio de una nueva etapa. Con CR iniciamos la publicación de estos cursos.

CR, como señalamos, consta de 33 lecciones, y se impartió entre 1945 y 1946. Por ello, hay que tener en cuenta estas fechas en lo referente a los datos científicos que maneja Zubiri, y también porque se encuentra en el comienzo de una nueva eta-

pa de su filosofía. A este primer curso extrauniversitario asistieron destacadas personalidades como Ortega y Gasset, Pedro Laín Entralgo, Leopoldo Calvo Sotelo, Carlos Jiménez Díaz, Julio Palacios, etc. Del curso conservamos las lecciones mecanografiadas obtenidas taquígráficamente, con las correcciones manuscritas de Zubiri, aunque no de todas las lecciones, como ya detallaremos. Además, disponemos de las fichas que Zubiri utilizó en sus lecciones, y que nos han sido de gran ayuda, aunque son muy difíciles de leer. Finalmente, se han conservado dos índices: uno manuscrito, más fiel al curso (que es el que hemos seguido para colocar los títulos), y uno mecanografiado, que es una elaboración ulterior del curso, ya que desarrolla temas que no trató en él. Estos índices responden al intento posterior de hacer de este curso un libro. El primer índice (manuscrito) lleva el número de página hasta la lección XXIII, donde termina el tema de la realidad biológica. Todo el resto se encuentra sin numerar. En el segundo índice (mecanografiado), este curso se llamaría ahora «Introducción al problema de la realidad». Existen dos cartas de Zubiri a Antonio de Eugenio y Orbaneja, una de 1946 y la otra (muy tardía) de 1972, que mencionan este curso. La carta manuscrita de 1946, que contenía probablemente el índice o sumario que hemos seguido para este curso, dice:

Amigo Orbaneja. Quise verle, pero no he tenido tiempo. Me marcho mañana. Adjunto la hoja, el sumario de mi libro, para que lo ponga en su dossier. El original, en octubre; serán más de 1200 páginas. ¿Demasiado? Mil gracias por sus bondades. Y un cordial abrazo. Su buen amigo. Xavier Zubiri (7/08/1946).

La segunda carta, que al parecer contiene el índice mecanografiado, dice:

Querido Antonio. Adjunto te devuelvo «tu tesorito». No te hagas ilusiones, no es oro molido. Te lo agradezco mucho, porque yo no tenía el original de estas páginas. Que pases muy bien este verano. Un abrazo muy afectuoso de tu viejo-amigo-viejo. Xavier Zubiri (14/12/1972).

En el año 1972 parece que Zubiri recupera el curso que habría estado en manos de Antonio de Eugenio y Orbaneja. Como decíamos, el curso se encuentra incompleto en su transcripción. No está claro si siempre lo estuvo. Un índice que realizó Ignacio Ellacuría de este curso ya no contaba con el número de estas páginas, como indicaremos más abajo.

Veamos ahora las diferentes partes que constituyen este curso.

El curso se inicia con una «Introducción» de cuatro lecciones. Esta parte se encuentra totalmente revisada por Zubiri. Además, de la primera lección se conserva una nueva redacción manuscrita de muy difícil lectura. Tal redacción parece «posterior» al curso, ya que contiene nuevas ideas y, además, algunas frases que se encuentran en el curso están ahora tachadas en el manuscrito. Lo que hemos podido rescatar se ha incluido colocándolo entre corchetes, [].

La primera parte se llama «La realidad física». Va de la lección V a la IX, y se encuentra totalmente revisada por Zubiri. Destaca en especial su análisis de la física contemporánea de la luz, la gravitación y la acción, tal como hará después, de forma más resumida, en su curso «El espacio» de 1973.

La segunda parte se llama «La realidad matemática», y va desde la lección X hasta la XII. Trata sobre los números, el espacio y la realidad matemática. Estas tres importantes lecciones desarrollan el tema de las matemáticas como en ningun-

na otra obra de Zubiri. Se encuentran también totalmente revisadas.

La tercera parte se titula «La realidad biológica», y va desde la lección XIII a la XXIII. Esta parte solo fue revisada por Zubiri en sus primeras tres lecciones (XIII a la XV) con importantes agregados manuscritos de difícil lectura. Del resto conservamos el texto sin su revisión. Lo hemos incluido para que esta parte no quedara desperfilada. Aquí la labor de edición ha sido ardua, porque el texto presenta algunas lagunas y, además, párrafos defectuosos o incompletos. Por ejemplo, hay palabras técnicas, apellidos extranjeros, citas, etc., que los taquígrafos generalmente dejaban en blanco en el texto, o escribían solamente algunas letras (por ejemplo, la inicial del apellido). Para intentar minimizar estos problemas, por una parte, el texto se ha tenido que completar, en la medida de lo posible, ayudándonos con las fichas que Zubiri llevaba al curso. Todo añadido al texto ha sido indicado entre los signos < >, si es añadido del editor, y entre llaves, { }, si es añadido desde las fichas. Por otra parte, se han tenido que eliminar algunas palabras o frases que no fueron posibles de completar, para que las lecciones quedaran legibles. El resultado es un texto de menor calidad que uno que hubiera sido revisado por Zubiri, pero mejor que el que obtendríamos al considerar solamente los apuntes de los asistentes a sus cursos. Al comparar el texto transcrito con las fichas de Zubiri puede notarse que hay entre ellos mucha similitud, lo que indica cierta fiabilidad de la transcripción.

La cuarta parte se titula «La realidad humana», y va desde la lección XXIV a la XXXI. De esta parte conservamos cuatro fuentes distintas: textos taquígrafados de sus lecciones, un texto mecanografiado por Zubiri, un apunte mecanografiado de las lecciones (que llamaremos «resumen») y un apunte manuscrito (que llamaremos simplemente «apunte»). Tanto el «resu-

men» como el «apunte» debieron ser realizados por algún varón¹ que asistió a este curso. Veamos ahora el detalle de estas tres fuentes.

En primer lugar, los textos taquigrafiados. De estos textos, solo conservamos tres lecciones (la XXIV, la XXVI y la XXVII). Las lecciones XXIV y XXVI están transcritas, pero no revisadas por Zubiri. Aquí se ha hecho el mismo trabajo de edición que en las lecciones sobre biología que no fueron revisadas. Además, conservamos la lección XXVII sobre la realidad social, que se encuentra completamente revisada por Zubiri.

En segundo lugar, también conservamos un texto mecanografiado llamado «El hombre: cerebro y pensamiento», que estaba muy revisado por Zubiri. Se trata al parecer de la ampliación de una sección de la lección XXV. Este texto parece redactado como si Zubiri lo fuera a publicar como un artículo aparte. De hecho, este texto estaba también (con leves variantes) en un archivo llamado «Filosofía de los seres vivos», una recopilación de textos sobre filosofía de la biología que Zubiri al parecer pretendió publicar alguna vez. En ese archivo hay un índice donde se indica cómo se articulan tales textos. «El hombre: cerebro y pensamiento» no aparece allí, por lo que se publica aquí, en su lugar natural, como Apéndice 1, después de la lección XXV, que es, como dijimos, desde donde probablemente surge.

En tercer lugar, se ha conservado un apunte mecanografiado que hemos llamado «resumen», que va desde la última lección de «la realidad biológica» (XXIII) hasta el final del curso, exceptuando las lecciones XXIV, XXVI y XXVII, ya mencionadas, de las que sí se ha conservado el texto taquigrafiado del

¹ A este curso solo podían asistir varones. Para noticias de este curso, asistentes, etc., véase Corominas y Vicens, *La soledad sonora*, Madrid, 2006, pp. 526-531.

curso. Al carecer de la transcripción de algunas lecciones, nos hemos visto en la necesidad de publicar ese «resumen» de las lecciones para completar este curso, como también para completar algunas lagunas donde hay textos transcritos, pero sin la revisión de Zubiri (es el caso de la lección XXIII, la última de «la realidad biológica»). No está claro «quién» redactó este «resumen». Una posibilidad sería Ignacio Ellacuría. De él hay un resumen de las primeras cuatro lecciones, atestiguado por una nota marginal que indica su autoría. Pero los resúmenes que conservamos de la parte final del curso no son de la misma máquina y estilo, además de contener ciertas lagunas que no observamos en las primeras cuatro lecciones del resumen de Ellacuría. Otra posibilidad es que sean de alguien que asistió al curso (lo más probable, dado lo incompleto que está) o de alguien que lo compuso a partir de las lecciones transcritas no revisadas, y que después tales lecciones se han perdido o destruido (lo menos probable). Por otra parte, hay que mencionar que estos resúmenes se encuentran levemente revisados en forma manuscrita con una letra que no parece de Zubiri. De la parte de «la realidad humana», entonces, publicamos estos resúmenes donde no conservamos textos taquigrafiados (es el caso de la lección XXV, y de la XXVIII a la XXXI). Recordemos que el índice manuscrito de Zubiri de 1946 indica claramente el número de página de cada lección hasta la última de «la realidad biológica». Pero cuando comienza el estudio de «la realidad humana», desde la lección XXIV, los títulos curiosamente ya no contienen el número de página. ¿Por qué ocurre esto? Hay dos grandes posibilidades. Por una parte, que estas lecciones nunca fueran transcritas, y que hubieran sido reemplazadas por los resúmenes (salvo, como decíamos, la lección XXIV, la XXVI y la revisada lección XXVI). Tal vez por eso Zubiri en su índice manuscrito no anotó el número de página de toda esta

parte. La otra opción es que Zubiri no estaba de acuerdo con lo que tenía redactado, y no quiso conservar esas lecciones en su forma meramente taquigrafiada, y solo guardó estos resúmenes (salvo en la lección XXIII, la última de biología, donde conservamos texto taquigrafiado y «resumen»). No podemos saber exactamente lo que ocurrió. Solo sabemos que de ciertas lecciones hemos conservado los resúmenes de cada una de ellas y no los textos taquigrafiados.

En cuarto lugar, conservamos también lo que llamaremos «apuntes» manuscritos de alguien que asistió a este curso, desde la lección XXVIII hasta el final. Son mucho más breves que el «resumen» y no entran en muchos detalles. Hemos tratado de completar el «resumen» insertando entre [] algunos pasajes de tales apuntes.

La quinta parte, como conclusión del curso, se titula «La realidad en cuanto tal: el problema filosófico de la realidad», la cual abarca las lecciones XXXII y XXXIII. De esta parte solo se conserva el «resumen» mecanografiado y los «apuntes».

Por último, se publica como Apéndice 2 un texto inconcluso llamado, en su primer apartado, «El saber científico». Este texto se inicia en la p. 16 como segunda parte, y, por tanto, presupone un texto anterior no conservado. Su fecha no es fácil de precisar, pero data muy probablemente de la época en que se redactó *Naturaleza, Historia, Dios* (NHD), publicado en 1944. Así, en primer lugar, este texto cita el libro «Las hormonas» de Collin de 1938 (que Zubiri tradujo en 1939), que también es citado en CR (de hecho, corta su traducción mecanografiada de «El saber científico» y la pega en el curso). En segundo lugar, el inicio de «El saber científico» parece continuar lo expresado en el artículo «Nuestra situación intelectual», publicado en NHD, dada la similitud de temas. Finalmente, en una nota al pie, se indica que este artículo pertenece a un volumen

mayor donde se encuentra otro artículo llamado «Los conceptos del saber». Este último artículo podría corresponder a «Qué es saber» de NHD. Si todo esto es verdad, es muy probable que «El saber científico» perteneciera a una primera redacción de NHD. El texto anuncia que tratará sobre tres tipos de saberes científicos: las ciencias positivas, la historia y la física teórica. Solo desarrolla la primera de ellas. Las otras dos, de algún modo, se desarrollaron en NHD. En fin, sea como fuere, el texto que publicamos pertenece a la época final en que se recopiló NHD.

Señalemos ahora los criterios de edición que se han utilizado.

Como fuentes para la edición de este curso hemos utilizado, en primer lugar, el índice manuscrito del curso. Todo título o subtítulo, salvo indicación contraria, pertenece a este índice. En segundo lugar, hemos transcrito el texto taquigrafiado, incorporando las correcciones manuscritas del propio Zubiri. En tercer lugar, hemos usado las fichas que Zubiri llevaba a sus lecciones. Ellas nos han permitido colocar subtítulos, dividir y numerar párrafos, destacar palabras en cursiva (en especial, en las partes no revisadas por Zubiri), y completar algunas ideas del texto transcrito. Se han usado las llaves, { }, para insertar en el texto lo que aparece en tales fichas. Por último, como decíamos más arriba, hemos utilizado tanto el «resumen» mecanografiado como los «apuntes» manuscritos para completar el curso, todo lo cual se indica en notas a pie de página. Para que el texto publicado resulte lo más fluido posible para el lector, hemos suprimido algunas repeticiones innecesarias, propias del estilo oral, sin alterar en lo posible el texto original de Zubiri, y también ordenado algunas frases que de otro modo serían difícilmente comprensibles, manteniendo los términos que aparecen en el curso. Los signos < > se usan para indicar cual-

quier intervención del editor. Colocamos en nota a pie de página las posibles referencias a que alude Zubiri, cuando se han podido localizar. Hay que destacar que la Fundación Xavier Zubiri en su página web (<http://www.zubiri.net>) dispone desde hace un tiempo de un índice electrónico para todas sus obras publicadas.

Por último, quisiera agradecer a todas las personas e instituciones que han hecho posible la edición de este volumen. Al Proyecto Fondecyt Regular N.º 1140922 del Gobierno de Chile que permitió una estancia en Madrid para la investigación de los textos. A la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y a su Instituto de Ciencias Religiosas por todo el apoyo brindado. A la Fundación Zubiri y a su director académico, Diego Gracia, por toda la confianza depositada. A Carlos Sierra Lechuga por ayudarme a revisar el texto y localizar algunas citas. A Elisa Romeu, secretaria de la fundación, por su gran ayuda en la elaboración de este libro. Finalmente, a Antonio González, director de Estudios y Publicaciones de la fundación, por toda la inmensa colaboración que me ha brindado, como revisar los textos y localizar algunas citas.

Esteban Vargas Abarzúa
Madrid, octubre de 2019

INTRODUCCIÓN: LA REALIDAD COMO PROBLEMA²

² El subtítulo está sacado del índice mecanografiado.

INTRODUCCIÓN³

Hay una fraseología oceánica que atruena los oídos, obnubila las inteligencias, retuerce y fanatiza las voluntades; [y a fuerza de fuerza va cohibiendo la vida del hombre sobre la tierra]⁴. [Si fuera un] fenómeno aislado no tendría importancia alguna [; pero es el caso que va adquiriendo caracteres objetivos; ese clamor va librando la vida del hombre sobre la tierra, de suerte que esta va adquiriendo una forma objetiva de existir que pudiéramos llamar de *turbulencia*]. Vivimos en una gigantesca y sin par *turbulencia* que, sin embargo, no logra sofocar, porque es [constitutivamente] insofocable, ese hondo *apetito de realidad* que, quizá también, como en ninguna otra época de la historia, sienta o esté próximo a sentir el hombre contemporáneo. [De esta realidad vamos a tratar en las páginas que siguen. ¿Qué es eso que llamamos realidad?

³ Aquí comienza la lección I, dictada el 25 de octubre de 1945. Hay dos versiones para esta lección, una, la del curso (que es la que vamos a seguir) y, la segunda, manuscrita, aparentemente posterior, que es la que agregaremos entre [], salvo indicación contraria. Es de muy difícil lectura.

⁴ En la introducción manuscrita esta frase casi idéntica, que hemos puesto entre corchetes, está tachada.

A la conquista de la realidad se ha lanzado el hombre impreso por su inteligencia. El resultado de esta empresa está ante nuestros ojos. Es la maravillosa obra de nuestra *ciencia*. La ciencia se ha presentado en nosotros y se justifica por la realidad misma. Me parece, pues, importante abordar el problema de la realidad desde el seno mismo de la ciencia. Tanto <más> cuanto que la existencia misma de la ciencia, como esfuerzo por conquistar la realidad, deriva de la estructura misma del hombre y de su posición en el universo.]

En torno a ese apetito de realidad me gustaría, si ustedes no tienen inconveniente, que tratáramos, en una u otra forma, a lo largo de estas conversaciones. Para ello es menester (qué duda cabe, y desde muy antiguo viene diciéndose) que, en alguna forma (y esta forma siempre ha existido, so pena de que la especie humana hubiera desaparecido del planeta), tengamos un recinto y una hora en la que nos sintamos más o menos desembarazados de la presión de las urgencias vitales. Y en esa hora mínima, que los antiguos griegos llamaron σχολή, «el poder vacar fuera de las urgencias de la vida», nos hagamos cuestión de qué significa ese hondo apetito de realidad que insofocablemente poseemos todos, con la seguridad de que en esta meditación y en el fondo de ella encontraremos cosas muy varias y a primera vista insospechadas. El propio Aristóteles, maestro de maestros, cuando invocaba precisamente la necesidad de la vacancia, como condición previa de toda auténtica ocupación intelectual, tropezó inmediatamente con esa realidad, que se llamaba el mito. De ella dijo al principio que estaba muy próxima a la filosofía, porque ambas están hechas por y para lo maravilloso; próxima nada más, y, por eso Aristóteles, evitando el mito, entra inmediatamente en el tema que le lleva a lo largo de las páginas de su metafísica. Pero Aristóteles, ya senescente, escribe una carta, de la que se nos ha conservado algún frag-

mento, no recuerdo a quién, me parece que a Antípater, en la que decía textualmente (confesión de una vida de meditador): ὄσω γὰρ αὐτίτης καὶ μονώτης εἰμί, φιλομυθότερος γέγονα⁵, «cuanto más solitario y abandonado a mí mismo me he ido encontrando, me he vuelto más amigo del mito»). Singular confesión de este hombre que, en los dos cabos de su vida, se enfrenta con el problema del mito desde un punto de vista radicalmente opuesto. Es de esperar, pues, que esta modesta σχολή pueda no resultar del todo infructífera en dimensiones muchas veces distintas y ajenas al tema que uno quiere desarrollar, pero en todo caso fecundas para el hombre que quiere saber.

{I} *El apetito de realidad.*} Inmersos en este apetito de realidad, podría uno enfrentarse con la realidad, en aquel apetecida, de maneras muy distintas. Por lo menos, tenemos una: es que el hombre, frente a esa realidad (interpreten ustedes el fenómeno como se quiera) que apetecemos, necesita saber, tiene que saberla. Cualquiera que sea la interpretación ulterior que se dé de esta articulación entre la realidad por conocer y la necesidad con que sabemos, es un hecho indudable que en este apetito de realidad va envuelta, en una u otra forma, una *dimensión* de saber; *queremos, podemos y tenemos* que saber. Pues bien, en torno a este saber de la realidad quisiera centrar un poco el tono y el tenor de estas conversaciones que, repito, es difícil que lleven un nombre genérico: pero espero que el tema irá perfilándose en la mente de todos ustedes.

{II} Tenemos todos que saber, y, naturalmente, esta función del saber la ejercitamos porque existimos sobre la tierra.

⁵ Cfr. Demetrius of Phaleron, *Libro de Elocutione*, Libro III, 144, en V. Rose, *Aristotelis fragmenta*, Leipzig, 1886, fr. 668, p. 420.

Es una trivialidad en la que no merece la pena que insistamos más de momento. Esta existencia nuestra en la tierra empieza justamente por ser eso; estamos, si ustedes me permiten el vocablo un poco rudo, ínsitos en la realidad, somos un trozo de esa misma realidad que apetecemos. Pero la realidad que no somos nosotros y en buena parte la que somos nosotros mismos nos *circunscribe*, no solamente estamos ínsitos en la realidad, sino *circunscritos* en ella. Y, dentro de esta circunscripción de la realidad, el hombre *inscribe* la trayectoria de su vida personal y de su vida histórica. En esta triple estructura (ínsita, circunscrita e inscrita) nace y se desarrolla el apetito de saber, el [inexorable] apetito de conocer la realidad.

Aun centrado así el problema, la estructura y las dimensiones del saber de la realidad son lo suficientemente complejas para que su tratamiento pudiera y tuviera que ser enormemente diverso. Si tuviera la feliz fortuna de poder hacer un sistema de filosofía, cosa bien remota de mí desgraciadamente, seguramente que este problema lo tendría que atacar por una vertiente muy distinta de aquella desde la cual vamos a enfrentarnos con ella. Vamos a elegir, entre las muchas posibilidades, una de ellas, que desde luego no es arbitraria, y cuya dosis de justificación está más o menos en la mente de todos ustedes.

Cuando el hombre quiere, mediante su apetito de saber, penetrar en esa realidad que nos circunscribe, de la que formamos parte y dentro de la cual describimos nuestra vida, se encuentra con que la realidad está dotada de una [insospechada] riqueza y complejidad. Es lo que, en una u otra forma, ha dado lugar a la creación de una forma de saber, entre las muchas que el hombre puede tener, que se llama la ciencia. La palabra «ciencia», de momento no quisiera cargarla con un sentido específico determinado; no me refiero solo a las ciencias positivas, a un tipo de ciencia determinado, sino a lo que, en

una u otra forma genérica, pudiéramos, para entendernos, llamar «la ciencia», en singular, que, si se distingue de *otras formas de saber*, es, por lo menos, por un carácter, en cierto modo, estricto y riguroso. No estaría de más, sin embargo, el apuntar desde ahora que la ciencia, en el sentido estricto de lo que el vocablo significa y de la realidad por ella mencionada, no es una forma cualquiera, ni tan siquiera una forma intelectual cualquiera de sernos manifiesta y de aprender la realidad. Si queremos dar a la palabra «ciencia» el sentido un poco rotundo y plenario, que, por ejemplo, le daba un griego, cuando decía «εἰδέναι, saber, οἶδα, lo tengo sabido, lo sé», por lo pronto descubriremos que en ese saber tienen que existir como ingredientes esenciales suyos: a) la riqueza de la *intuición*, b) el rigor perfilado de un *concepto* y c) la evidencia subyugante de la *intelección*. Sin estas condiciones, la ciencia será más o menos ciencia, revestirá matices más o menos diversos, pero, a la hora de la verdad, la que ejemplarmente quiera ser ciencia tendrá que contener en sí, en una u otra forma, estas tres dimensiones: intuición, concepto, intelección. Y, precisamente, el intento de dar una peculiaridad formal y actual a este modo de saber es lo que ha llevado al hombre a constituir lo que se llama la ciencia⁶.

Lo que ocurre es que la realidad, dotada de una complejidad enorme, ha obligado inmediatamente a pluralizar y a multiplicar estos conocimientos científicos, estos saberes científicos que el hombre quiere obtener en torno a esa realidad. Afirremos inmediatamente que esta pluralidad de conocimientos científicos, esta pluralidad de cuerpos de ciencia, es necesaria

⁶ Zubiri en su ficha lo redacta así: «El intento de dar razón de las cosas conforme a este orden es lo que ha llevado al hombre europeo, desde Grecia, a constituir lo que se llama la ciencia».

no solamente porque el hombre en alguna manera tiene que administrar sus esfuerzos en la historia, sino que, además, es necesaria *a parte rei*, por parte de la realidad misma. La realidad es ella lo esencialmente compleja para que este intento de captación científica se pluralice en muchas ciencias. Cualesquiera consideraciones pedagógicas en orden a la necesaria fracción docente de las diversas ciencias no será capaz de borrar el hecho de que esta diversidad de ciencias está exigida en una de sus dimensiones por la estructura misma de la realidad.

Solamente que, como quiera que sea, nos encontramos quizá desde hace unos siglos en una situación peculiar en orden al conocimiento científico. La ciencia, aun entendida en este sentido plenario, podría, en efecto, no haber sido sino el producto de un hombre o de unos cuantos hombres genialmente dotados, excelentemente dotados, excelentemente virtuosos para haber arrancado a la naturaleza el secreto de su realidad. Y, en efecto, así fue durante muchos siglos: de aquí el carácter casi siempre esotérico y privado que la ciencia tenía en la Grecia clásica: había unos cuantos que saborean lo que son las cosas.

Pero lo cierto es que, cualquiera que sea el mecanismo por el que el fenómeno se ha producido, nos encontramos en una situación completamente distinta a la que se encontraba el hombre griego, y en buena parte a la que se encontraba también el hombre medieval. No solamente hay unas cuantas cabezas que tienen ciencia [que *saben* lo que sean las cosas], sino que «se» sabe de la realidad un montón de cosas. Las ciencias han adquirido una especie de existencia objetiva, en virtud de la cual no sabemos quién es el sujeto de ese «se sabe»; si no todo el mundo sabe todas las cosas, sabe, por lo menos, dónde están, dónde ir a buscarlas para saber lo que el hombre ha logrado averiguar acerca de la realidad. Dicho en otros términos: el hombre se encuentra cuando viene al mundo no solo con

una realidad que le plantea el problema de arrancarle sus conocimientos, sino con una cantidad de cosas que efectivamente «se saben».

Ello justifica el que, al afrontar el problema del saber de la realidad como forma de apetito y de apetencias de realidad, entre los muchos caminos que pudiéramos elegir, elijamos concretamente este: [la realidad tal como se describe a través de la ciencia natural,] la situación en que estamos hoy, gracias a la cual «se sabe» <que> estamos en posesión de una masa de saberes acerca de la realidad.

{III}) Pero esta *necesidad* de haber multiplicado las ciencias, y de haber asistido así a su orto en la historia del espíritu humano, no puede oscurecer otro hecho tan innegable como es justamente ese bien elemental: es que las muchas ciencias han nacido todas ellas exigidas por una realidad cuyo carácter singular y unitario no vamos a acentuar desmesuradamente, pero que tampoco vamos a tolerar que se pueda expresar en una multitud de páginas inconexas, incomunicadas entre sí.

1) Como quiera que sea, lo que ha servido de *origen* a la ciencia no es un episodio remoto que ha quedado a espaldas de ella, y que no ha tenido más misión que desencadenar el movimiento de la ciencia. [La ciencia ha nacido en el presente por la fuerza misma de las cosas. Una realidad, la humana, enquistada en el seno del universo, no puede no producir un saber, y la ciencia no es sino un modo de saber. La fragmentación misma de las ciencias está exigida, según indicaba antes, por la estructura de las cosas. En este sentido, la realidad está puesta en la ciencia como *origen* suyo; origen no solo temporal, sino constitutivo.]

2) Junto a esta misión originadora que la realidad ha tenido frente a la multiplicación de las ciencias, está esa presencia

constante de la propia realidad frente a la cual la ciencia ha de *justificar* cada uno de sus pasos. [Junto a esta función originadora de la ciencia, la realidad tiene una función que, en cierto modo, contiene la anterior: la realidad no es solo la fuente sino la *justificación* de la ciencia.] De ahí que no baste con afirmar que hay una masa de ciencia que nos quiere decir lo que es la realidad; es preciso que, alguna vez, en su hora, estas ciencias muestren los *justificantes* reales, efectivos, de la empresa por la que han lanzado a la humanidad. Naturalmente, no se trata de llamar a capítulo a las ciencias, porque, en efecto, la palabra «justificación» puede tener muchos sentidos, y aquí me interesa señalar especialmente dos.

a) Hay un primer sentido que casi es ocioso enunciar. [Toda ciencia, en efecto, se constituye por pasos justificados.] ¿Cómo se va a *pedir*, en efecto, que la ciencia se justifique? Cada uno de los pasos que ha dado la física, la historia, la biología, la sociología serán aceptados o no, pero, naturalmente, los han dado en virtud de ese imperativo de justificación del problema que tratan de resolver y de la realidad que tienen ante sus ojos. En este sentido, hay que afirmar enérgica y rotundamente que cada ciencia se basta a sí misma en su línea. ¿Qué podría pedir la física, como justificante, que fuera realmente físico a una disciplina como la biología? La física realiza sus descubrimientos, y ahí están, firmes o vacilantes, según la estructura de sus internas justificaciones físicas. Ningún conocimiento físico tendría carácter verdaderamente tal, si físicamente no poseyera firmeza. Si los descubrimientos de las ciencias pueden plantear problemas perturbadores para otras disciplinas, llegará un momento en que, con perfecta razón, la física diga: allá el señor a quien se los plantea; a la física no le incumbe resolver esos problemas. La física no tiene más apelación ni más tribunal que su propia física. Claro está que esto no es atributo exclusivo de

la física; esto pasa a todas las ciencias, e interesa sobremanera subrayar que esto mismo le pasa a la filosofía. ¿Qué ciencia puede filosóficamente justificar alguno de los problemas y las soluciones que el entendimiento humano trata de manejar cuando trata de filosofía? Porque la verdad es que la filosofía ha llegado a un grado de madurez ejemplar en su línea, mucho antes que hayan nacido Einstein y Heisenberg. La ciencia griega entera, en lo que tiene de positiva, incluyendo en ella la matemática de Euclides, no pasó de ser un torpe e incipiente balbuceo, si se compara con la plenitud perfecta que la metafísica alcanza en la mente de Aristóteles. De ahí que, a última hora, parece que las ciencias se recluyen todas cerradas en sí mismas. La única consecuencia que nos importa sacar de aquí es que pedir en este sentido justificación a las ciencias es una pura y simple mera tautología. Las ciencias existen justamente a fuerza de justificar su contenido; pedir que una ciencia se justifique es simplemente pedirle que sea ciencia; una simple tautología de carácter muy interesante para pedagogos y didácticos, pero que no tiene interés sino muy secundariamente dentro del orden de la filosofía. Relacionando ciencias entre sí no es como se resuelve el problema que aquí tenemos planteado.

b) La cosa cambiaría de sentido si damos a la palabra «justificación» un matiz un poco distinto. Naturalmente, si por justificación se entiende la armonía interna y la necesidad con que las verdades científicas van brotando en la mente del hombre, no hay más justificante que la interna estructura de cada ciencia. Pero es lo cierto que estas ciencias tienen que enfrentarse con esta realidad que está ahí, y esta plantea problemas especiales, porque, instalados en ese impersonal que es el «se», «se sabe», figúrense cuál sería la postura del hombre que delante de una alcarraza se preguntara simplemente: ¿qué es esto? Habría un señor que diría: yo no puedo cortar, por lo menos de una

manera arbitraria, la alcarraza en dos pedazos independientes, si le doy un solo tajo; necesito darle por lo menos dos. ¿Por qué? Y se le diría: pregúnteselo usted a un topólogo. Las alcarrazas tienen un cierto color; ¿por qué son de color verde?: eso se lo pregunta usted a un químico. Sucesivamente encontraríamos que a ese hombre ingenuo que ha preguntado qué es esto que tengo delante le hemos lanzado de un departamento a otro en el mundo del saber. No es que eso esté mal, es necesario que ocurra, pero no es menos hondamente necesario satisfacer ese apetito *unitario* de saber, que termina por contestarse a ese hombre, utilizando toda la masa de conocimientos que ustedes quieran, qué es esa modesta alcarraza que motivó su pregunta. Entonces es cuando empezamos a caer en la cuenta de que la multitud de ciencias, cuya multiplicación ha sido inexorablemente exigida por la estructura misma del ser de la realidad, no representa, a última hora, más que un enorme juego de abstracciones absolutamente necesarias, es cierto, necesitadas por la realidad en su forma abstracta, pero no menos necesitadas de ser reintegradas a esa realidad más o menos unitaria, según las causas que motivan y exigen su posible fragmentación. La multiplicación de las ciencias que aparece necesaria desde el primer punto de vista se nos manifiesta, en el segundo, como puramente provisional, no porque cada ciencia no se baste a sí misma, sino porque todas ellas no dan sino una o varias facetas de esa realidad una y única que el hombre quiere conocer.

Entonces nos encontraríamos, quizá con sorpresa, con que todas las ciencias no están colocadas en un mismo plano, que hay dentro de ellas diversas perspectivas y que, a última hora, la razón de ser de las cosas, que habría que dar apelando a una multitud de ciencias, fuese tal vez una razón que no puede desplegarse en una superficie de dos dimensiones, sino que quizá

haya planos de *profundidad* distinta, captados y capturados <por> ciencias distintas, pero articulados unitariamente en esa su regresión a la realidad.

La realidad, pues, no solamente ha engendrado la ciencia, sino que es la instancia suprema a la que toda ciencia tiene que regresar para salir de su constitutiva abstracción y convertirse en una verdad acerca de las cosas que quiere averiguar. Este movimiento de regresión es absolutamente necesario a la ciencia.

La ciencia, pues (y lo digo también nada más que para eliminarlo, pues no es el tema de esta conversación), tiene que hacer una especie de sistematización intelectual y lógica de las muchas ciencias y de los muchos saberes en torno a esa realidad con la cual ha nacido y a la cual tiene que volver, si quiere estar justificada por su contenido y por su forma de existencia.

3) Pero hay todavía una dimensión más honda por la que la ciencia se ve constantemente obligada a apelar a la realidad. Y es que la realidad, en la descripción que acabamos de hacer hasta ahora, realmente no hubiera dado origen a una gran cantidad de conocimientos científicos. No parece sino que la realidad está ahí, y que la ciencia es tan solo un cuadro de conocimientos que brota con compararlos con aquella, exactamente como comparamos la fotografía o un cuadro con un posible original. La ciencia no solamente existe, sino que existe andando: no solamente ha nacido y está hecha, sino que se está haciendo. Naturalmente, esto que a su vez nos obliga a volver a la realidad, nos hace pensar en una cuestión más honda que la de juzgar las ciencias por su perfección lógica, o por su riqueza cognoscitiva respecto a una realidad que *está ahí*, sino que nos hace volver a la realidad desde un punto de vista completamente distinto. Porque si reflexionamos, inclusive en lo que ha tenido que ser la realidad para que la ciencia surja,